



Manuel Belgrano, precursor en materia medioambiental

Por Alejandro Francisco Molle (1)

Recién comenzado 1794 la corona española dispuso erigir un Consulado en Buenos Aires y designar Secretario perpetuo al Lic. Manuel Belgrano. Entre las variadas prescripciones establecía que el Secretario Belgrano debía presentar y exponer ante la Junta del Consulado una Memoria, suerte de programa de acción de gobierno con aspiraciones donde conjugaran en armonía el Estado y el capital privado, a llevarse a cabo en el radio territorial de competencia del nuevo instituto. Rotuló a su primigenia Memoria "medios generales de fomentar la agricultura, animar la industria y proteger el comercio en un país agricultor".

De su lectura cabe colegir el carácter político del Secretario, al competirle la responsabilidad primaria en materia de planificación para el desarrollo del país, centrada en propuestas afines a "los objetos propios del instituto".

Desde los albores de la escolarización de cada argentino les es presentado a don Manuel Belgrano como el creador de los símbolos patrios: la escarapela y el pabellón nacional y les brindan someras noticias de un hombre con victorias y derrotas en aras de la Independencia Nacional. Sin embargo hay otros aspectos de su figura medianamente expuestos o divulgados, rubros como si carecieran de valía o no le sumaran más cualidades patrimoniales a su personalidad.

En los días corrientes (2018) hablar de la defensa y preservación del medioambiente es una verdad de perogrullo, no así en 1796 al discurrir y plantarse ante el establishment y proponer determinadas prácticas y modos de laboreo respecto al uso racional del suelo, mediante la rotación anual y

diversificación de cultivos. El aprovechamiento de los excrementos como nutrientes de las más variadas especies animales (inclusive humanas), lodo de pantanos, hojarasca, etc. Realizar buenas prácticas para que el producto a recoger fuera el más óptimo posible. Bregaba por la calidad. El control de las malezas por ser competidoras de todo cultivo y su modo extractivo. El respeto al calendario de siembras y los instantes apropiados de cosecha, sus modalidades y almacenamiento. La introducción de nuevos cultivos como el lino y el cáñamo.



mo de los que podrían sacarle suficiente jugo para la confección de velas y jarcías para los navíos. No deja de ser una pretensión inédita de agregado de valor a un producto primario.

Tuvo, además, particulares recomendaciones en cuanto al arbolado en las zonas perimetrales de todo predio para la amortiguación de los vientos y su contribución al mantenimiento de la humedad. Como en la época no existía el alambrado propuso el cercamiento arbóreo como línea divisoria entre una y otra propiedad lindera y a la vez la demarcación interna entre potreros. Opuso distancia a la deforestación a mansalva. El uso opcional del arado o la azada para la siembra del lino y el cáñamo, sugería trabajar los surcos con la azada pese a que demandara más horas de labor.

Acorde con sus ideas de progreso social, entre las que figuraban en primer orden la educación popular a través de la fundación de escuelas -especialmente con salidas laborales y a ubicar en la periferia de poblaciones- las labranzas rurales lo tenían prendado como medio de vida; premios, estímulos y créditos para todo aquél o aquella que alcanzare el perfeccionamiento en algún aspecto.

Belgrano, también, fue un doctrinero laico al no vacilar en enrostrarles por igual a pasadas generaciones como a la que compartía haber cometido conductas reprochables para con el arbolado por haber actuado "sin consideración alguna para con



la posteridad", e instando a su reposición como en Europa. Con ello, Belgrano, inyectó como doctrina la responsabilidad social del resguardo de la naturaleza a la que es menester "perfeccionarla". Y prescribió en el recetario: dejar de arruinarla por el sólo hecho de "contentándonos únicamente de trabajar para nosotros, para nuestros placeres". (Correo de Comercio, periódico, 28/IV/1810).

En similar sintonía el Santo Padre, Francisco, ha dicho: ¡qué bueno sería dejar el mundo mejor que como lo encontramos!. (La Nación, 9/IX/2016, p.12).

(1)El autor reside en Mercedes, Bs. As.,
y es Miembro de número del Instituto
Nacional Belgraniano.